

RESUMEN

Partiendo de algunas reflexiones sobre el concepto de oralidad, este artículo analiza la relación entre literatura y oralidad, o mejor, la inserción de la oralidad en la escritura literaria, a partir de la lectura de algunas obras narrativas argentinas y, particularmente, jujeñas. Esta incorporación, siempre aparente e incompleta, se produce en marcos socio-histórico-culturales determinados. Revela, además, cierta posición ideológica del escritor respecto de aquello representado: la oralidad. Muchas veces, en el fondo del "rescate" de lo oral hay un proyecto ideológico de autolegitimación de una clase letrada que se autoproponde como portavoz de aquello que, por sí mismo, pareciera no tener voz.

Palabras Clave: Literatura, ideología, oralidad, representación.

ABSTRACT

Starting with some reflections on the concept of orality, this article analyzes the relationship between literature and orality, or rather said, the insertion of orality in Literature by reading some Argentine narrative works particularly from Jujuy. This incorporation, always apparent and incomplete, occurs in socio-historical-cultural specific frames. It also reveals certain ideological position of the writer with respect to that represented: orality. Often, hidden behind the "rescue" of orality, hides an ideological project of self-legitimation by a literate class that proposes itself as a spokesman of that, by itself, seems not to have voice.

Key Words: Literature, ideology, orality, representation.

INTRODUCCIÓN

Lo que denominamos como "oralidad" abarca, al mismo tiempo, una materialidad (un canal de expresión del lenguaje humano) y un código, entendido como una variedad diafásica del idioma (Cassany, 1994). Pero su definición no es sencilla. En su artículo "¿Grafocentrismo o Fonocentrismo?" (1995), Raúl Dorra nos aproxima a las distintas problemáticas que se plantean al abordar la oralidad como objeto del estudio científico. Esta aproximación se hace a partir de dos ejes

* Universidad Nacional de Jujuy – Avda Bolivia 1239 – CP 4600 - San Salvador de Jujuy - Jujuy - Argentina. **Correo Electrónico:** soledad_blanco@hotmail.com

interrelacionados: por un lado, la complejidad que abarca el concepto de “lo oral” y, por otro, la histórica disputa entre grafocentrismo y fonocentrismo.

En cuanto al primer eje, el concepto de oralidad abarca cuatro manifestaciones distintas:

- 1) oralidad primaria, aquella que corresponde a sociedades que no conocieron la escritura, y que hoy se consideran extintas;
- 2) oralidad de las clases populares, situadas en el margen de una sociedad gobernada ya por la escritura. Éstas se consideran el reservorio de las manifestaciones orales producidas por las culturas primarias antes mencionadas;
- 3) oralidad cotidiana, conversacional, presente en toda cultura letrada;
- 4) oralidad mediatizada por las nuevas tecnologías de la comunicación.

El primero y el cuarto concepto constituyen lo que Walter Ong en *Oralidad y Escritura* (1996) denomina como *oralidad primaria* (aquella de las sociedades que no conocen la escritura) y *oralidad secundaria* (aquella que caracteriza a las sociedades atravesadas por los medios de comunicación radiofónicos y audiovisuales), respectivamente. En el medio, se ubican las otras dos concepciones: la segunda designa a aquella propia de los grupos sociales que conocen la escritura pero cuyo intercambio comunicacional continúa siendo fundamentalmente oral. La tercera es abarcativa de toda la humanidad y designa a los intercambios orales, tanto formales como informales, que se practican en toda sociedad.

El estudio del objeto oralidad implica entonces un problema intrincado, no sólo por estas cuatro realidades que abarca, sino también porque cada una de ellas presenta su propia complejidad. Pero la dificultad descrita por el autor no termina allí, pues afirma que entre estas cuatro concepciones de oralidad y escritura existen múltiples estados y entrecruzamientos. Problemáticas que son abordables, según Dorra, desde distintas disciplinas como la lingüística, los estudios literarios, la antropología, la psicología, etc.

Las investigaciones sobre el modo en que la literatura acoge la oralidad no se refiere a la incorporación del diálogo para representar la oralidad conversacional ni la mediatizada, aunque ciertas conclusiones pueden alcanzarla (1). Más bien se orientan a analizar la manera en que (y los fines con que) los escritores han tratado de reproducir la oralidad primaria y la oralidad de las clases populares.

Partiendo de tales consideraciones, el presente artículo reflexiona sobre la vinculación entre la oralidad y la literatura, o más específicamente, sobre la inserción de la oralidad en la escritura literaria.

Dado que existen dos concepciones acerca de esa relación (lo que se ha dado en llamar “literatura oral”, término bastante debatido (2); y lo que podría denominarse “oralidad en la literatura” o “ficción de la oralidad”), este trabajo expone a través de narrativas argentinas y, particularmente, jujeñas, el alcance de la segunda de aquellas nociones.

EJEMPLOS DE ORALIDAD EN LA LITERATURA ARGENTINA

Es importante tener en cuenta para el estudio de este fenómeno algo que Dorra menciona casi como al pasar, esto es que “*el interés por el ‘pueblo’ se*

origina muchas veces en la necesidad de las clases dominantes por conservar su propia identidad" (1995: 13). Este interés se traduce, entre otras manifestaciones, en la presencia de formas lingüísticas propias de la oralidad en diversas obras literarias.

Los románticos alemanes fueron quienes iniciaron la tarea de recopilar los relatos de transmisión oral buscando la "esencia" del pueblo alemán en dichas manifestaciones populares. Esto respondía a la necesidad de forjar una identidad nacional, o sea, respondía a un proyecto ideológico de Estado.

En esa línea, podemos equiparar el proyecto romántico alemán con el proyecto ideológico del Centenario en la Argentina. También allí hubo una necesidad de formar una identidad que nos diferencie del otro extranjero. Para los intelectuales del Centenario, como Rojas y Lugones, la identidad nacional debe ser buscada en el gaucho:

"a principios de siglo, el programa de la clase dominante era un programa de europeización del país, pero por eso mismo necesitaba formular una propuesta de cohesión nacional. En esta propuesta el inmigrante, creador de nuevos conflictos (lingüísticos, culturales, sociales) abiertos hacia el futuro, no podía aparecer como imagen identificatoria. Recurrir al gaucho, (...) inmovilizado por el aura nostálgica de la literatura, era, pues, un paso previsible". (Campra, 1987: 5)

Se produce entonces una resignificación de la barbarie rural. Las elites dirigentes redimen al gaucho ante la amenaza que implican los inmigrantes.

Trazado este paralelo, cabría hacer una distinción: mientras el rescate de esa "esencia" de lo nacional realizada por los románticos alemanes se orientó a la recopilación de relatos, leyendas y poesías de transmisión oral, en la Argentina de principios de siglo XX ese proceso se vio acompañado por una pretendida mimesis de las formas populares del habla en la literatura.

Un ejemplo claro de la segunda concepción está en el *Martín Fierro*, cuyo rescate propicia Lugones como emblema de la literatura "nacional". En esta obra el autor cede la voz a un narrador-personaje gaucho, quien utiliza su propia variedad lingüística. Sin embargo, la lengua gauchesca en verso no constituye una mimesis de la forma propia del gaucho, sino una creación literaria que funda una retórica propia que definirá al género gauchesco a lo largo de la historia de la literatura argentina.

Esta pretensión mimética es la que resalta el propio José Hernández en su carta a Zoilo Miguens: "*es un pobre gaucho, con todas las imperfecciones de forma que el arte tiene todavía en ellos, y con toda la falta de enlace en sus ideas (...). Quizá la empresa habría sido para mí más fácil y de mejor éxito, si sólo me hubiera propuesto hacer reír a costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso (...)*" (Hernández, 1997 <1872>: 1).

Aquí el autor nos introduce en el verdadero problema que interesa destacar en este trabajo: la diversidad del nexo que une una obra literaria con la oralidad, diversidad en la que pueden rastrearse los distintos posicionamientos ideológicos

respecto de esta última. Una perspectiva histórica de este fenómeno nos mostraría que la ficcionalización de la oralidad obedeció a proyectos literarios y políticos distintos de acuerdo a épocas, movimientos y autores, que se plasmaban en el modo en que esa oralidad se incluía en el texto literario.

Teniendo en cuenta lo afirmado por Hernández, en la gauchesca descubrimos ya dos modos posibles de inserción:

1. la cita, utilizada por Ascasubi y Estanislao del Campo con dos fines diferentes: el retrato pintoresquista y la comicidad, respectivamente. Con este procedimiento se acentúa la distancia entre lengua rural y lengua literaria (3).
2. la valoración de la lengua rural como un medio literario, en el caso de José Hernández.

Otros ejemplos de cita y distanciamiento, fuera ya del ámbito de la gauchesca, son **El Matadero** de Esteban Echeverría y **El juguete rabioso** de Roberto Arlt.

En el primero, podemos encontrar una serie de términos y frases pertenecientes al habla popular de un determinado grupo social, "la chusma". Tal representación, deformada y grotesca, se realiza a través de dos estrategias discursivas: por un lado, la descripción animalizada de aquel sujeto colectivo, y por otro, el contraste lingüístico con el habla "culto" y exageradamente impostada del joven unitario. Nada hay aquí de pintoresco o cómico, lo cual refleja el posicionamiento del narrador respecto de aquella clase social descripta.

En el texto hay una evidente diferencia entre el registro lingüístico utilizado por el narrador y el utilizado por los personajes, aunque no se presenten marcas visuográficas (como podrían ser el uso de negritas, cursivas o comillas) que señalen el distanciamiento respecto a la utilización de un término en particular cuando éste les cede la voz a través del estilo directo. Pero sí aparecen marcas visuográficas (puntos suspensivos) para indicar que el narrador omite transcribir los insultos, "malas palabras", proferidos por algunos de los personajes.

Por su parte, Roberto Arlt se jactaba, enfrentándose a los "puristas que nadie lee", de ser un escritor que escribía con la misma lengua de las clases marginadas porteñas (lengua atravesada por el caudal lingüístico inmigratorio) y de haberlas representado fielmente. Sin embargo, una mirada superficial sobre **El juguete rabioso** nos muestra que esa identificación con el "habla popular" no es tal, puesto que gran parte de los términos del lunfardo (bondi, treja, yuta) aparecen entre comillas, como si el autor tomara distancia, temiera que esos usos se relacionaran con su propia lengua y quedar, así, definitivamente fuera del canon literario. En **Sobre héroes y tumbas**, de Ernesto Sábato, ocurre otro tanto, como lo muestra Paul Verdevoye (2002): las expresiones de tipo popular, cuando se incorporan en el discurso del narrador, se destacan, muchas veces, en cursiva, diferenciándolas del propio estrato lingüístico. En cambio, aparecen con tipografía normal cuando corresponden al diálogo de algún personaje: "Así e la vida, pibe: yugá, tené hijo y a la final siempre te queda solo como el viejo".

En el caso de la literatura escrita en Jujuy, tenemos también ejemplos muy disímiles de la relación literatura-oralidad. Escritores de tipo costumbristas, como Fortunato Ramos, escriben “como habla la gente del alto”, en sus propias palabras. Hay una fuerte pretensión mimética del habla popular que, inclusive, se esgrime como estandarte de reivindicación cultural frente a la cultura letrada, como dice Sixto Vásquez Zuleta en el prólogo del libro **Los runas y changos del alto** de Ramos:

“Tal vez el lenguaje empleado por el autor le parezca chocante a algún purista del idioma, o un poco incomprensible al que no es de la zona. Es que Fortunato fotografía el habla del runa, sin querer trasladarlo al lenguaje culto (...) Cada cosa en su lugar, cada escritor con su estilo, y al que le pique... bueno, que se rasque” (8)

Las diferencias entre el lenguaje del narrador y el de los personajes son considerables. Cuando aquél introduce regionalismos, aunque no los entrecomilla ni los pone en cursivas, éstos producen un choque con la variedad lingüística que viene utilizando, que es la variedad estándar. Lo que el lenguaje revela es siempre la imposibilidad de “lo oral” de hablar por sí mismo, si no es a través de la mediación de la voz “culta” que le da entidad. En los libros de Fortunato Ramos esta imposibilidad se ve también a través de la inclusión de un glosario de regionalismos destinados a ayudar al lector en la comprensión de los relatos.

Un caso distinto es el de Daniel Ovejero, quien en su libro **El terruño** retrata distintos personajes de la provincia de Jujuy, respetando la variedad lingüística acorde al estrato social de pertenencia, cuando es su turno en el diálogo, pero manteniendo siempre distancia en el propio discurso, entrecomillando los vocablos del sociolecto popular y, muchas veces, distanciándose de su uso mediante frases en tercera persona del plural: “como dicen por acá”, “como lo llaman a veces”, etc.

En Ovejero, la mimesis del lenguaje sirve como instancia diferenciadora de los estratos socioeconómicos a los que pertenecen los personajes, con una mirada paternalista, de simpatía, puesta sobre la lengua que utilizan los obreros, los campesinos, los peones rurales, el personal doméstico, que contrasta, sin embargo, con la profusión de cultismos utilizados siempre por la voz narradora. En Ovejero, al contrario que en Ramos, la representación de la oralidad no tiene nada de político, ni de reivindicativo. Pero tampoco hay un rechazo, como sí lo hay en Echeverría, por ejemplo. En **El terruño** se trata, simplemente, de ser veraz con aquello representado.

Podríamos hablar también de la narrativa de Héctor Tizón, cuya obra, en términos de Nilda Flawiá, citando a Carlos Pacheco:

“Puede ser considerada a la par de la de Juan Rulfo, Augusto Roa Bastos o José María Arguedas, entre otros, porque asumen ‘el predominio de la

oralidad popular en sus respectivas regiones de interés como síntoma o indicador cultural fundamental y al mismo tiempo como la clave de un conjunto de recursos de representación literaria'." (Flawiá, 1999: 220)

De acuerdo con esta apreciación, Tizón representa la variedad dialectal de la lengua regional con dos fines: el de generar verosimilitud (al igual que Ovejero) y, ligado a éste, proyectar una identificación cultural.

Otro caso digno de atención lo constituyen los cuentos de Alberto Alabí publicados en **Bitácora del aire**, o su novela **Manual para ya no amar tanto la patria**. En estas obras los personajes, la mayoría de las veces pertenecientes a los estratos urbanos bajos y medio-bajos de Jujuy, también utilizan su propio código lingüístico, plagado de arcaísmos y quechuismos. Sin embargo, estas características se entrecruzan con otros discursos y dialectos sociales, como la jerga administrativa y la policial, o la publicidad. Se representa de esta manera una lengua y, a través de ella, una sociedad heterogénea, conflictiva, en la que lo "propio" está hecho de retazos de discursos del pasado y del presente. A veces de modo apenas risible, y otras con profundo dramatismo. En esa lengua popular urbana el lector encuentra una identidad, compleja pero no por ello menos reconocible. En esto se diferencia Alabí de la literatura de tipo costumbrista: no apela a la mirada sesgada que reduce la lengua a cierto dialecto determinado en el que cree encontrar una esencia de jujeñidad (como el dialecto quechuizado), sino que representa la heterogeneidad de formas lingüísticas que conviven y se superponen en el habla del jujeño urbano, y es allí donde el lector puede reconocer un tipo sociocultural determinado.

Sin pretensión de mencionar todas las posibles conexiones existentes, se puede advertir que gran parte de la literatura argentina, y particularmente la escrita en Jujuy, se asienta sobre la representación de la oralidad, ya sea que esta se refiera a la lengua hablada en el campo (en el caso de la gauchesca o de la literatura de costumbres, por ejemplo) o en los habitantes suburbanos o pertenecientes a estratos marginales de las ciudades.

Estos son sólo unos pocos ejemplos de la multiplicidad de formas en que la oralidad se inserta en la literatura. Pero a pesar de las diferentes modalidades, lo que es común a todas es que la incorporación y su mecanismo dependen de la actitud ideológica del autor respecto a ella y su relación con la lengua escrita.

Retomaremos luego estas apreciaciones.

El segundo eje temático del artículo de Raúl Dorra lo constituye la dicotomía grafocentrismo-fonocentrismo. Para este autor, la disputa entre ambos polos nace con la misma escritura. Nos muestra cómo en la cultura griega y la judeocristiana el posicionamiento respecto a esta disputa ya era contradictorio, pues

"la tradición griega, que se inaugura con un acto de rechazo de la escritura, sostiene que conocer es ver, mientras la tradición judeocristiana, cuyo símbolo fundante son esas tablas de piedra donde vienen escritos los caracteres de la Ley, enseña que la verdad entra por el oído" (p. 5).

Esta contradicción inicial llevará a la periódica aparición de exaltaciones y menosprecios de la voz y de la letra, sucesivamente. Se hablará del poder imperialista de la escritura, de su incapacidad para representar la oralidad, de la perversión tecnológica que implica respecto a la forma original de expresión. Otros teóricos, como Derridá, defenderán la escritura hablando de una *archiescritura* preexistente a la oralidad como huella mental reguladora del habla.

Sin embargo, Dorra propone repensar el problema a partir de una premisa inicial: sea cual sea la posición tomada, esta discusión es siempre una discusión de las elites ilustradas. Aún cuando se proclame la necesidad de rescate de la oralidad, de recopilar sus creaciones y protegerla, hay en el fondo una consagración del grafocentrismo, ya que el estudio o análisis siempre se realiza desde la escritura, no puede hablarse de oralidad si no es a través de ella. Hay que tener en cuenta que la exaltación de lo oral, dice Dorra, esconde siempre una especie de paternalismo y, por lo tanto, de menosprecio. "El autor, en el fondo, no cree en lo que dice", señala Dorra (1995). Actitud que es atribuible no sólo al romanticismo sino a los discursos criollistas e indigenistas que le siguieron, tanto en el ámbito social en su conjunto como, particularmente, en la literatura.

La cuestión es, en definitiva, cómo encarar la evidente separación entre quien estudia, el investigador, y su objeto. Y también la pregunta cómo se encara la relación entre el escritor y la oralidad que representa en su obra, aún cuando, como Arlt o como Fortunato Ramos, en Jujuy, el artista se erija a sí mismo como "verdadero" representante de una lengua.

CONCLUSIONES

Las consideraciones hechas por Dorra respecto a la oralidad, y la actitud científica del investigador frente a ella, pueden transponerse a la situación de análisis de autores que durante mucho tiempo han sido asumidos como "legítimos voceros" de las culturas que expresan. Se puede reconocer, entonces, que si tomamos oralidad y escritura no sólo como dos formas de expresión (dos sustancias), sino como dos lenguas diferentes, el paso de una a otra implica una operación de traducción, y como tal siempre incluye una "traición" a aquello que se busca representar.

Siguiendo a Dorra, se trata de desmoralizar el análisis. De tener en cuenta que el estudio de la oralidad, así como su representación en la literatura, no son más que simulacros logrados mediante el recorte del objeto.

En el caso de la literatura, al aproximarnos a cualquier texto que se pretenda "fiel representación" de la oralidad, tendremos en cuenta que en todos los casos "se trata de un esfuerzo, no siempre conseguido y no siempre comprendido, de dialogar con la otredad, con lo excluido por el canon de la literatura y cultura oficial, de dar testimonio de las voces ausentes en el interior de las manifestaciones culturales canónicas" (Ostria González: 3). Además, pensaremos este esfuerzo siempre dentro del marco socio-histórico-cultural en el que se realiza, dado que en el fondo siempre responde a un proyecto ideológico de autolegitimación de una clase social dominante

o, en el mejor de los casos, de una clase letrada que se autopropone como portavoz de determinados sectores sociales. En la literatura argentina, particularmente, en todos los casos parece haber una estrecha relación entre lengua e identidad, como lo afirma Walter Berg (1999), de modo que las posturas que los distintos escritores poseen sobre la oralidad tienen su correlato en la forma en que se busca representar la argentinidad o, más acotadamente, la jujeñidad.

NOTAS

- 1) Si se abordan las dos últimas manifestaciones de la oralidad mencionadas (oralidad cotidiana y oralidad mediatizada) desde una perspectiva pragmática, como la que propone Oesterreicher (1997), situándolas en el continuum entre lengua de la distancia y lengua de la proximidad, algunos de los problemas de abordaje planteados por Dorra se verían solucionados.
- 2) El término "literatura oral" ha provocado numerosas disputas acerca de la conveniencia de su utilización. Estas disputas son comentadas, entre otros, por Ostria González (2001) y, sobre todo, Pratt Ferrer (2007), quien desarrolla el concepto de "oratura" como modo superior de la expresión oximorónica "literatura oral". Colombres (1998), por el contrario, reivindica el uso de la expresión, privilegiando el sentido inclusivo, en términos artísticos, de la palabra "literatura" aplicada a ciertas expresiones orales. Para él, la perspectiva etimológica carece de sentido frente a una revalorización estética y cultural. Dorra le concede otro valor: el de expresar la imposibilidad de denominar el objeto si no es a través del oxímoron, dado que el concepto mismo de oralidad nace desde la escritura. De cualquier modo, el concepto de literatura oral lleva a rever la noción de literatura, hasta el día de hoy indefinida en cuanto a su alcance.
- 3) Para un desarrollo de la significación de esta forma de representación dentro del contexto social correspondiente a cada obra ver: RAMA (1994).

BIBLIOGRAFÍA

- BERG, WB (1999) Apuntes para una historia de la oralidad en la literatura argentina. En: BERG W. B. y SCHÄFFAUER M. K. (eds.) Discursos de oralidad en la literatura rioplatense del siglo XIX al XX. Gunter Narr Verlag Tübingen.
- CAMPRA, R (1987) Gauchos, inmigrantes, compadritos; Argentinos un gentilicio engañoso. En: América Latina: la identidad y la máscara. México, Siglo Veintiuno.
- CASSANY, D *et al* (1994) Enseñar lengua. Barcelona: Graó.
- COLOMBRES, A (1998) Oralidad y literatura oral, *Revista Oralidad*, Anuario 9, 1998, 15-21.
- DORRA, R (1997) ¿Grafocentrismo o fonocentrismo? Perspectivas para un estudio de la oralidad. En: KALIMAN, R. (Ed.) Memorias de las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (Vol. I), Tucumán, Univ. Nacional de Tucumán, 56-73.

CUADERNOS FHyCS-UNJu, Nro. 47: 65-73, Año 2015

FLAWIA, N (1999) La narrativa de Héctor Tizón: voces y versiones de una cultura silenciada. En: BERG W. B. y SCHÄFFAUER M. K. (eds.) Discursos de oralidad en la literatura rioplatense del siglo XIX al XX. Gunter Narr Verlag Tübingen.

OESTERREICHER, W (1997) Pragmática del discurso oral. En: Oralidad y argentinidad – Estudios sobre la función del lenguaje hablado en la literatura argentina. Alemania: Gunter Narr Verlag Tubingen.

ONG, W (1996) Oralidad y escritura – Tecnologías de la palabra. México, Fondo de Cultura Económica.

OSTRIA GONZALEZ, M (2001) Literatura oral, oralidad ficticia. Revista Estudios Filológicos, N° 36, 71-80: <http://dx.doi.org/10.4067/S0071-17132001003600005>.

PACHECO, C (2003) La voz en la letra: Sobre la construcción de la oralidad en la ficción latinoamericana. En: Actas de la IV Conferencia sobre Cultura popular en América Latina: <http://www.universidadsimonbolivar.edu.ve/cocpal>.

PRATT FERRER, JJ (2007) Las culturas subalternas y el concepto de oratura, Revista de Folklore, N° 316: 111-119.

RAMA, A (1994) Los gauchipolíticos rioplatenses. Bs. As.: CEAL, 2 Tomos.

VERDEVOYE, P (2002) La 'lengua de los argentinos'. En: Literatura argentina e idiosincrasia. Buenos Aires, Corregidor, 379-385.

Obras literarias

ALABÍ, A (1995) Bitácora del aire. Jujuy, Cuadernos del Molle.

ALABÍ, A (2002) Manual para ya no Amar tanto la Patria. Jujuy, Cuadernos del Duende.

ARLT, R (1995 [1920]). El juguete rabioso. Buenos Aires, Losada.

ECHEVERRÍA, E (1979 [1871]) El matadero. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

HERNÁNDEZ, J (1997 [1872]) Martín Fierro. Buenos Aires, Kapeluz.

OVEJERO, D (1991 [1966]) El terruño (vida jujeña). Jujuy, EDIUNJu.

RAMOS, F (1989) Los runas y changos del alto. Jujuy, Edición de Autor.

SÁBATO, E (2000 [1961]) Sobre héroes y tumbas. Buenos Aires, Clarín, Biblioteca de Literatura Universal.